

Rebeldías y autoestima desde la danza

Juan Antonio Madrazo Luna
 Coordinador Nacional del *Comité Ciudadanos por la Integración Racial* (CIR)
 La Habana, Cuba

La Habana acogió, a golpes de puntas, su XXIII Festival Internacional de Ballet en 2012, con ánimo de vestirse de largo para celebrar diversos centenarios: Virgilio Piñera (1912-79), Igor Youstkevitch (1912-94) [unos de los partenaires de Alicia Alonso], los pintores Rita Longa (1912-2000), René Portocarrero (1912-85) y Mariano Rodríguez (1912-90), así como el estreno de *La Comparsa* (1912), una de las más célebres piezas musicales de Cuba, compuesta por Ernesto Lecuona.

La Habana siempre invita al ejercicio de la pasión, en el cual todos somos bienvenidos. De igual forma son días en que algunos tenemos la oportunidad de activar el ejercicio de la memoria. La danza en Cuba, aunque no es gozada por multitudes, no ha dejado de ser poesía del gesto, fiesta del espíritu, verdadero espacio de diálogo donde gestos, movimiento y palabras son la geometría irrepitible de los cuerpos.

Alicia Alonso no es la base exclusiva de la compañía de ballet que los hermanos Fernando y Alberto Alonso regalaron a Cuba. Ellos fueron sus principales arquitectos y así contribuyeron a tejer, con las hebras de una misma estética, el verdadero empalme y costura de la cubanidad.

Conocido en sus mejores tiempos como el príncipe de la danza cubana, Fernando Alonso ha sido acreedor del Premio Nacional de Danza (2000) y del Premio Benois (2008), considerado el Oscar de la Danza. Para él, la

Escuela Cubana de Ballet es una respuesta a la insularidad: Cuba es una tierra que no se siente conforme con los márgenes. Su labor pedagógica ha sido decisiva, al igual que la de Alberto Alonso (1917-2007), quien logró posicionar la danza clásica en lugar privilegiado, fundador y adelantado de una cubanía neoclásica. Ellos son el filamento de una estética en movimiento, trajeron el espíritu, estimularon el rigor y la plenitud. Muy temprano se dieron cuenta que Cuba es una isla donde las sensaciones pueden ser danzadas. Desde el ejercicio del rigor y la pasión levantaron una Isla en Peso.

La Escuela Cubana de Ballet es la forma de sentir con acento cubano; es juego de la gracia y la sensibilidad. No atraviesa por su mejor momento, pero es un movimiento artístico de vanguardia con muchos retos por conquistar. Uno de ellos es la unidad de estilo dentro de la diversidad e igualmente, rosario de razas, en el cual la firmeza de nuestra identidad esté a prueba de balas.

Junto a Fernando y Alberto Alonso, diversas mujeres tienen protagonismo especial en el campo de la pedagogía. La narrativa de la danza en Cuba estaría inconclusa sin en su catálogo estuvieran ausentes «madres coraje» como Ramona de Saa (Premio Nacional de Danza, 2006), una de la que más ha contribuido al crecimiento de ese árbol frondoso que es la Escuela Cubana de Ballet; Josefina Méndez,



Carlos Acosta junto a dos bailarinas cubanas

la reina de la tragedia, Estrella de Oro en París, Sagitario en Italia, un volcán, una fuerza incontrolable que aún muchos recuerdan en su interpretación de Cecilia Valdés; Caridad Martínez, nuestra *prima mulata absoluta* que nunca pudo bailar *Giselle* en Cuba por ser negra, fundadora junto a Rosario Suarez(Charin) y Mirta García del Ballet Teatro de la Habana, artista dueña de su propio camino que continúa desafiando el tiempo; Loipa Araujo que siempre cautivó con su temperamento tropical. Igual constarían Menia Martínez, Rosario Ochoa y Mirta Hermida.

Cuando una estética cubana del ballet ha sido construida por muchos, el culto a la personalidad alrededor de Alicia Alonso incomoda. Esa es una aberración visible tanto en la prensa oficial como en las publicaciones *Revolución y Cultura* o *Cuba en el Ballet*, y en

cada uno de los textos publicados sobre dicha manifestación artística. De un plumazo, los historiadores Miguel Cabrera y Pedro Simón han borrado los excelentes bailarines negros que formaron parte de dicha escuela y hoy son estrellas en diversas compañías del mundo.

Los sobrevivientes de una perdida edad nunca son protagonistas en los diversos textos de Cabrera. La huella de bailarines negros como Caridad Martínez, Andrés Williams Dihigo, Catherine Zuasnabar, Julio Arozarena, Rosa Ochoa Simoneau (bailarina angelical), Alberto Terrero, Alexander Pereda, Roberto Machado, Fidel García, Víctor Carnesoltas, Gabriel Sánchez y Amílcar More González, quien estuvo en el Joven Ballet Francés y después en la compañía alemana *Bayerisches Staatsballet*, todos anclados en el mercado del silencio en Cuba, a pesar de que los cubanos

nos hemos atrevido a conquistar el mundo desde la danza.

La danza clásica también habla español. Según revistas especializadas, entre un 10 y 15 por ciento de hispanos integran las principales compañías del mundo y Cuba encabeza el aporte, seguida por España, y Argentina, Brasil y México. Cuba ha sido el punto de partida.

Caridad Martínez Menocal es nuestra *prima mulata assoluta*, fundadora de proyectos tan importante como el Ballet Teatro de la Habana y la Escuela Cubana de Veracruz (México, 1993), coordinadora académica del programa profesional de la Escuela de Ballet Hispánico (Nueva York) y directora de la Escuela de Ballet de Brooklyn. Es una artista dueña de su propio camino, que continúa desafiando el tiempo. Fue un caso singular dentro del Ballet Nacional de Cuba, por su gran dominio de las diversas técnicas con estilo propio. Muchos cubanos recuerdan su interpretación en el ballet *Muñecos*, de Alberto Méndez. Su estética contemporánea chocaba con la propensión clásica de la compañía dirigida por Alicia Alonso. Aunque el Ballet Teatro de la Habana duró 5 años, Caridad Martínez, Charín y Mirta García provocaron un profundo estremecimiento en la danza cubana, incorporaron lo mejor de nuestra gestualidad contemporánea.

Andrés Williams Dihigo, bailarín y coreógrafo del Ballet Nacional de Cuba, debutó en 1970 y llegó a primer bailarín en 1986. Ha sido artista invitado de la televisión en Dresden (Alemania) y en festivales internacionales de Santander (España) y Verona (Italia), además del Ballet de Zimbabwe. Es dueño de una arrogancia escénica muy propia. Los *balletómanos* lo recuerdan por su singular caracterización de Otelo en *Prologo para una tragedia*, de Brian Mc Donald, y el cazador de fieras del *Canto vital* de Azari Plisetsky.

En el habanero Julio Arozarena, también conocido como Mesie Julio, el cuerpo es el vehículo para llegar al estado de trance y alucinación. Es uno de los mejores bailarines de su generación, no solo en Cuba, sino en el mundo. Formó parte del Ballet de Niza. Durante la década de 1990 fue uno de los principales solistas del Bejart Ballet (Lausana) y hoy es subdirector artístico, como buen discípulo de Maurice Bejart, el presbítero de la danza, quien cambió el gesto y la idea en el universo danzario. Arozarena construye un espacio vivo desde esta compañía de renombre universal. A diferencia de muchos de sus colegas, manifiesta no haberse sentido nunca víctima del racismo en el Ballet de Cuba, pero reconoce su presencia allí y en la sociedad cubana, como un tatuaje que marca al rojo vivo. La crítica especializada considera a Arozarena el príncipe de chocolate, un hombre que se le olvida que en Cuba fue *toti*.

Muchos cubanos recuerdan también a Pablo More interpretando el Sigfrido de *El lago de los cisnes*. Fue un bailarín de sobrias maneras y técnicas seguras. El movimiento danzario mexicano se enriqueció con su aporte como pedagogo

Xiomara Reyes, primera bailarina durante años, del Real Ballet de Flandes, es la segunda cubana después de Alicia Alonso que logra llegar a la cúspide del American Ballet Theater (ABT). Ha tenido la oportunidad de ser la Lisette de la *fille mal gardee*. Sus roles favoritos son Giselle, Manon y Julieta.

Viengsay Valdés Domínguez es uno de los más sólidos valores de la Escuela Cubana de Ballet, una de las estrellas del siglo XXI, pequeña y poderosa. Según Sara Kaufman (*The New York Times*), «los equilibrios increíblemente largos de VV son interpretados para impresionar, y lo logra. Es una bailarina especial, de esas que pueden imponerse sobre una audiencia

de más de 2 mil personas con un simple movimiento de pestañas.» En una serie tan revuelta de vertiginosos *fouettes*, vuelve todo borroso y su balance detiene el tiempo. Es la diadema del ballet, Carmen en San Petersburgo, una Carmen cubana en Rusia. La comprobación del eros en el espacio real y la sobrenaturalidad. Una joya con fulgores destellantes. Una mujer marcada con el signo de la victoria. Bailaba en sus sueños, silvestre. Según el escritor cubano Miguel Barnet, «Viengsay es un ave que atraviesa el paisaje con la fuerza de una ráfaga, su ascender asusta». La crítica inglesa Ismene Brown (*Daily Telegraph*) consideró que era una de las bailarinas más soberbia de estos tiempos, junto a Aurelie Dupont (Ópera de París) e Uliana Lopatkina y Diana Vishneva (Ballet de Kirov). Es alegre, picara, seductora, traviesa, optimista y ágil, como los personajes que interpreta: Carmen, Diana, Swanilda, Kitri, Odette/Odile. Viengsay Valdés es una bailarina de ataques y defensora del virtuosismo, que se siente deleitada por los retos.

Carlos Acosta (Premio Nacional de Danza, 2011) es un tigre virtuoso, albatros, príncipe y mendigo. Acreedor del Premio Princesa Grace Kelly, es el cubano más reverenciado en la elite mundial de la danza. Sus espectaculares saltos en el *pas de deux* de *El Corsario* y su arte todo estremece a los más exigentes auditorios. Es un conquistador del mundo, Es un guerrero en el escenario, un hombre que ha dejado de enamorarse de un cisne para asumir el reto de interpretar personajes con fuerte carga emotiva y mayor carga física, como Espartaco, Albretch, Sigfrido, Romeo... Para Acosta, interpretar a Espartaco es como interpretar a Antonio Maceo, nuestro Titán de Bronce. Es uno de los bailarines que ha tornado bien visibles a los negros en el ballet. En una entrevista concedida a la periodista Marilyn Garbey (*La Gaceta de Cuba*), Acosta declaró que «a negros y mestizos

no se les ha dado la oportunidad para poder mostrar lo que llevan dentro. Soy testigo de que el mundo está preparado. Está preparado el Bolshoi para invitar a un negro a bailar Espartaco, está preparada la Ópera de París para invitar a un negro a hacer *La Bayadera*, de Nureyev.» Para Acosta la vanidad es indecente. Al igual que José Manuel Carreño lleva con orgullo haber crecido en la Escuela Cubana de Ballet. Los cubanos que lo admiramos esperamos aún leer algún día su autobiografía *No Way Home* (2008).

Otros bailarines negros que se destacan en las nuevas promociones son Romel Frómata, José Carlos Lozada y Verónica Corveas, una de las princesas de ébano, artista invitada del Cape Town City Ballet (Sudáfrica). Al igual que Yolanda Correa, primera bailarina del ballet de la Opera de Oslo, muchos de nuestros bailarines de origen afro forman parte del selecto Club de las Estrellas a nivel mundial.

La Escuela Cubana de Ballet no es todavía una unidad de estilo dentro de la diversidad. Tiene como uno de sus retos ser verdadero laboratorio de la diversidad, un rosario de razas donde la firmeza de nuestra identidad esté a prueba de bala y para eso no está en su mejor momento. El perfil racial no acaba de ser iluminado.

En cada uno de sus cuerpos habita la memoria de una Isla, una isla que dejó de recoger a los náufragos que aún sueñan. Para ellos la danza es su espacio de libertad, a través de sus cuerpos registran tensiones, construyen líneas y sueños, la danza es un ejercicio de la memoria, la rebeldía y la resistencia.

Todos han logrado interpretar las claves secretas de lo cubano en cada uno de los escenarios en que se han presentado. Son la esencia de lo cubano. Para ellos lo cubano es interpretar la plataforma de la imaginación, el sacrificio por la danza. Son parte de otros mapas de la Isla.